

La huella de la memoria II

Relatos

Carlos Debandi

Espacio Cultural El Sitio
Paravachasca, 2020

La Casona de Larreta. (¿Pura fantasía?)

Así la llamaron los descendientes durante sus casi diez décadas de vida. Fue construida por los años veinte o treinta del siglo pasado, siguiendo el estilo inglés. Cimientos de piedra, ascendentes, hasta casi un metro de altura. Altas paredes de ladrillo, revocadas, siempre atacadas por el maldito salitre. Dos plantas, techos de chapa de zinc sobre una estructura de madera que dejaba el espacio piramidal de un necesario altillo donde se guardaban desconocidas reliquias familiares. Ahora invadido doblemente, por palomas y murciélagos. Las ventanas eran altas, demarcadas por un borde blanco, con persianas de chapa gruesa, pintadas de verde aguado. Las paredes, alguna vez blanco amarillo natural, definitivamente desteñidas, tenían ahora su color propio. El color del tiempo.

En la planta baja una gran galería rodeaba dos de los costados. Un cerramiento de hierro, vidriado y de colores, la separa del amplio living. En la planta baja, hacia atrás una espaciosa cocina que todavía conservaba, hace un par de décadas, la vieja cocina de hierro fundido, ya sin uso, reemplazada en sus funciones por un artefacto a gas envasado. A un costado, también amplio, con una larga mesa, el comedor de diario. En el costado libre, una sala de lectura, piano incluido, y mullidos y desgastados sillones tapizados con cuero oscuro. En un rincón, un reloj a cuerda, de madera lustrosa, con campana y vidrios esmerilados, que ya no funcionaba, pero se lo mantenía como símbolo de la presencia inevitable del transcurrir del tiempo.

En el tercer costado, afuera, había un cantero con flores de estación. Hacia el fondo las instalaciones de servicios: una vieja caldera a leña y el tanque de agua limpia. Atrás, separadas de la construcción principal estaban la casa de los caseros, la leñera y lo que en los viejos tiempos había sido el establo de los caballos y carruajes, luego convertido en un amplio garaje para guardar los vehículos, donde lucían un viejo Chevrolet de los cincuenta junto con los nuevos modelos, más pequeños y frágiles. Eso en verano. En invierno solo pernocta allí el viejo Chevrolet, que habían heredado los caseros, ya fallecidos, ahora en manos de sus descendientes.

En el frente de la Casona, una antigua fuente de mayólicas que alguna vez había echado agua a pececitos de colores, ahora, seca, pero cuidada, como un símbolo de antiguas grandezas.

Varias generaciones de jóvenes disfrutaron de La Casona durante sus vacaciones veraniegas. Se encontraba relativamente cerca del río que surcaba el costado norte del pueblo. La función de los caseros se fue trasladando a los descendientes, de modo que la prolongación de ambas familias conservaban una relación casi feudal a la cual todos, propietarios y cuidadores aceptaban con naturalidad. Por momentos, allí, parece no haber pasado el tiempo.

La Casona fue construida en tiempos de riqueza agropecuaria. La familia Larreta tenía entonces ricos campos en la pampa húmeda. Pero les gustaba pasar los calores fuertes del verano en esas serranías de clima privilegiado.

La Casona se fue degradando junto con la riqueza familiar que menguaba, en parte por el cambio propio del tiempo y de la economía y en parte porque las nuevas y sucesivas generaciones se fueron dedicando a otras actividades. (En realidad los jóvenes despreciaban al campo, no les gustaba la trilla ni soportaban el olor a bosta de vacas en los terrenos cercanos al casco de la estancia sureña). En esa estancia habían construido una pileta la cual era imposible disfrutar cuando el viento venía de los corrales.

Mirando la postal completa, Casona, estancia, familia numerosa, cuatro generaciones desencontradas, algunos finales trágicos, se puede inferir una decadencia. Una decadencia digna, pero decadencia al fin. No muy diferente de otras que suceden cada vez con mayor aceleración en los tiempos que vivimos.

Con qué velocidad se gasta el tiempo, me dijo un amigo, mirando las postales.

Durante el verano pasado, uno de los descendientes miraba a la Casona desde el jardín, le preocupaba el color a óxido que se observaba en los bordes de las chapas del techo y en las cañerías que de allí bajaban para conducir el agua de las lluvias. “Pronto tendremos que meterle algo de dinero”, pensaba preocupado, porque no sería fácil convencer a los otros.

En eso estaba cuando vio en la puerta a una persona que golpeaba la vieja campanita.

¿Qué desea?

Soy funcionario municipal, menos mal que encuentro a alguien, ¿Es Ud. de la familia?

Sí, soy nieto del viejo José Andrés, ¿qué desea? .

Mire, en la municipalidad tenemos en proyecto declarar esta casa como patrimonio cultural del pueblo.

¿Y eso qué significa?

Nada, solo que no pueden demolerla ni modificarla sin conservar el estilo, deben mantener su conformación y aspecto.

Justamente estaba pensando en algunas reparaciones necesarias, pensaba reemplazar los desagües oxidados del techo por unos de plástico, que son más duraderos.

No, amigo, quédese tranquilo, cuando termine el verano, si Uds. aceptan el acuerdo, nuestras cuadrillas le harán un mantenimiento adecuado. Uds. deberán aportar solo algunos materiales. ¿Les parece bien? .

A mí sí, lo consultaré con mis hermanos y primos, pero seguramente estarán de acuerdo...

Una pregunta: ¿le cambiarán el nombre? No, en absoluto, se seguirá llamando La Casona de Larreta, su foto y una breve historia ocupará la página de nuestro catálogo del patrimonio cultural y físico del pueblo.

Esa noche, reunida la familia joven, brindaron por la continuidad de la vida y de la estirpe, olvidados ya de toda decadencia, sintieron que la historia, en realidad, se detenía por momentos, atrapada por las viejas postales.

Brindemos también por los abuelos fundadores, que ya no están aquí pero seguramente se sentirán satisfechos cuando vean a los albañiles reparar a La Casona, ahora ya casi un monumento.

Cuando buscábamos un camino

No es fácil de explicar ese momento. No se trataba solamente de un asunto político o ideológico. Era más trascendente que eso.

Se trataba del sentido de la vida.

Quizá era el efecto demorado del existencialismo europeo. De hecho, nuestras lecturas incluían a Sartre. La Náusea era tema de nuestras charlas de café.

Posiblemente, sin compartirlo demasiado, leíamos a los marxistas. Incluidos los disidentes o renovadores, como el estructuralista francés Louis Althusser; y Lévy-Strauss y Lacan. En los sesenta una obra de Marcuse. “El hombre unidimensional” (1964), fomentaba las discusiones en la nueva izquierda que se estaba engendrando ante el fracaso de la URSS.

Cortázar y su “Rayuela” hizo estragos en los convencionalismos residuales. Henry Miller con sus “Trópico de Cáncer” y “Trópico de Capricornio” puso a la vida descarnada de Nueva York al alcance de todos, alcohol y sexo, preludeo de la droga.

Carpentier con su “Siglo de las luces”, llegó algo tarde, pero abrió las puertas del realismo mágico (aunque él no lo reconociera) que entró como un tropel, como una correntada de creciente en las librerías y en nuestras mentes que buscaban ese “algo que se escapaba”.

No podía evitarse la violencia generacional frente a un mundo que cerraba las puertas al cambio imperioso que marcaban los tiempos.

Se trataba de un réquiem a la hipocresía.

Queríamos una vida sincera. Lo más transparente posible. Amor libre. Hippismo. Rock and Roll; Los Beatles; Joan Baez; la protesta.

Si algo faltaba, en la música propia nació el Nuevo Cancionero, de la mano de Tejada Gómez, César Isella, Matos y la inefable Mercedes Sosa, y toda la montonera folclórica que vino con ellos: Horacio Guaraní; Los Trovadores; Víctor Heredia; Jorge Cafrune; Viglietti; Larralde; Zitarrosa; Aníbal Sampallo; entre muchos otros (la lista es interminable).

A finales de esa década dorada aparecieron Los Gatos. Nos subimos a La Balsa pensando que quizá el camino fuera un río. Seguíamos buscando ese camino.

La muerte y la tristeza se juntaron con la bronca. Y la cosa se volvió imparable.

El Mayo Francés abrió una represa en Europa que pronto replicó en Latinoamérica, demostrando que las demoras entre el viejo y el nuevo continente se hacían más breves.

Un año después estalló el Cordobazo. Seguido del Rosariazo y luego una réplica del primero llamado el Viborazo. Nombre derivado de una desgraciada frase del interventor de Córdoba que dijo que la subversión era un monstruo de siete cabezas, y había que cortarlas.

Hubo represión, cárcel y tortura. Y muchas muertes. Quizá innecesarias, pero fatalmente inevitables.

Más de la mitad de mis amigos quedó allí, en ese recodo.

El orden social se estremeció. Había olvidado ya los cincuenta millones de víctimas que dejó la Segunda Guerra. Y también de otros tantos millones en guerras sucesivas. En ellas también se había luchado por ideologías e intereses contrapuestos.

Vuelvo al concepto inicial: la búsqueda de un camino para transitar la vida. La vida de todos, no la individual.

Puede que por allí se ubique el desentendimiento generacional. En aquéllos tiempos pensábamos en la vida de todos, no en la nuestra. Sentido de tribu. De estirpe. No de individuos.

Buscamos primero el camino en la cultura, en la lectura, en la música. Tratamos de entender a los grandes pensadores de todos los tiempos. Los leímos. Los discutimos. Nos afiebramos ante la incomprensión de las dirigencias, ocupadas en los menesteres, cuando se presagiaba un derrumbe colosal.

Que lamentablemente sucedió. Y todavía no logramos superarlo. Porque el poder equivocó el camino.

Ocultó a las generaciones siguientes los senderos que habíamos descubierto.

Propusieron autopistas en las que no sea necesario pensar. Volumen fuerte en la música para no escuchar a los de afuera.

Ha pasado medio siglo.

La política busca soluciones administrativas a problemas que están situados mucho más allá de esas posibilidades. Problemas situados en una fallida estructura cultural construida por los ganadores (¿ganadores?).

Posiblemente sí, porque la nueva sociedad no ha logrado recomponer la cultura. Y se ha sumado masivamente al consumismo de las cosas materiales.

Los electrodomésticos primero y la electrónica después hicieron estragos en almas que fueron perdiendo las autodefensas.

Los viajes. Las postales. Las extravagancias de países remotos, confunden.

Las selfies refuerzan esa visión de solitarios que nos invade y domina.

La exposición física con su cuota de discriminación a quienes no logran el peso acorde a sus medidas. Los rostros producidos, vía maquillaje o cirugía, según el caso. Los pechos reforzados por siliconas dudosas y los abdominales logrados con esfuerzo cotidiano o con esteroides de corto plazo, completan un panorama a contramano con aquéllos tiempos.

En los cuales, lo importante de los rostros era la mirada.

Y la belleza de los cuerpos tenía más que ver con la sensualidad que con la geometría.

Sé que estoy, que estamos viejos. Pero alguien tiene que decirlo.

Buscar el camino. No aquel que no terminamos de encontrar. Posiblemente alguno nuevo, diferente, pero un camino. Una senda que permita predecir hacia dónde vamos.

Porque quién anda a campo traviesa, sin conocer; sin saber interpretar a las estrellas, es posible que termine en un barranco o atascado en un pantano.

De allí siempre es muy difícil salir.

Noches del City Bar

Es posible que parte de esta historia ya haya aparecido en alguna huella anterior, pero por representar una verdadera postal de aquéllos tiempos, decidí extender esta narración.

En 1959, una coproducción francesa e italiana lanzó una película impactante: La Legge (La Ley).

Trabajaban en ella actores sobresalientes de aquélla época, como Gina Lollobrigida, Pierre Brasseur, Marcello Mastroianni, Mattioli, Teddy Bilis, Melina Mercouri, Yves Montand, Vittorio Caprioli, Lidia Alfonsi, Gianrico Tedeschi, entre otros.

El guión estaba basado en una novela de Roger Volland que planteaba la vida en un pequeño pueblo del sur de Italia, dominado por un espíritu mafioso del poder.

Aburridos, los hombres de ese pueblo se reunían por las noches en la taberna a jugar “El juego de la ley”.

El juego consistía en demostrar el valor de escuchar, sin inmutarse, las situaciones que narraba el patriarca del pueblo, relacionadas con infidelidades que sucedían entre las parejas, soportando la humillación de ser mostrado, eventualmente, como cornudo ante los demás.

Pueden imaginarse la violencia que se va acumulando en el pueblito a lo largo del film y como termina la película. No la cuento, todavía pueden, seguramente, verla si la buscan en la web.

Bueno, nosotros, en aquella Capilla de los comienzos de los sesenta, estábamos atrapados por la idea de sumarnos a la cultura desafiante que planteaban los tiempos, a través de la literatura y del cine.

En los largos, fríos y aburridos inviernos de Capilla nos reuníamos por las noches en el City en una mesa bulliciosa donde tomábamos algún trago y discurríamos sobre temas cambiantes, generalmente algún libro o curiosidad traída por Monir Addur o por otros que ya vivían en la ciudad (como Pichín Carducci; Lito Massa; Alberto Salvático, u otros).

Generalmente también jugábamos a juegos como el diccionario, en el cual un bando expresa una palabra extraña y el otro bando debe definir su significado, disponiendo un número limitado de significados falsos y el cierto, ocultado por el primer bando.

O al juego de las “veinte preguntas”. En este juego un bando elige un personaje que haya existido en cualquier momento de la historia y el otro bando tiene veinte preguntas, las cuales solo son respondidas con un “sí” o un “no”, para descubrirlo.

Se trataba de juegos que ayudaban a expandir nuestra cultura.

Pero aquella noche lluviosa y fría alguien propuso que jugáramos al “Juego de la Ley”, acabábamos de ver, en el Cine Enrique Muiño, la citada película.

Así fue que nos sentamos en una larga mesa. No recuerdo quién ofició de narrador y comenzamos. El narrador decía, por ejemplo, “se dice que la mujer de fulano sale con mengano”, involucrando novias, amigas, hermanas, y hasta madres de alguno de los presentes (como sucedía en la película).

Todos conocíamos los chismes del pueblo, pero generalmente se callaban, se ocultaban en la complicidad social que exigía el duro invierno.

Otra cosa era sacarlos a relucir en esa mesa nocturna del City.

El juego terminó en un despelote mayúsculo.

Demostrando que no sabíamos jugar a La Ley.

Pasado el tumulto y sus consecuencias, para lo cual fue necesario que transcurrieran algunos días, para que aburridos nuevamente, volviéramos a la noches del City a practicar juegos más apacibles, como el del diccionario o el de las veinte preguntas.

Rescato de esta historia aquel momento de desafíos intelectuales que con nuestras pocas posibilidades asumíamos, y que fueron las semillas que dieron origen a un teatro vocacional; a tratar de editar una frustrada revista (Triángulo) que acusada de “comunista” en el Rotary Club solo pudo producir un número (el Rotary nos prestaba el mimeógrafo para imprimirla); a realizar Fotocita y techar para ello la calle principal; y a comenzar a comprometernos con las ideas y las luchas, como “laica y libre”, y otras que, para bien o para mal, vinieron después.

Fueron aquéllos años de comienzos de los sesenta años de ascenso cultural, de preocupación y de compromiso en nuestro país; años de defensa de la ética y de la amistad; esta poderosa amistad que el tiempo no pudo derrotar.

Las noches en El Plaza

Una pregunta que me hago recién ahora es ¿quién lo habrá diseñado y construido? ¿Alguno de los pocos arquitectos que había en el pueblo?

Porque El Plaza era simple y lindo, confortable. Con su alto techo de rancho sostenido por una hermosa estructura de madera. Sus mesitas distribuidas en la penumbra alrededor de la pista de baile. Con su pequeño escenario en el cual, sin embargo, cabía una orquesta, en noches especiales.

Era un excelente lugar nocturno. ¿Cuántos romances se iniciaron o consolidaron en esa pista de baile? Seguramente cientos. Quizá miles. Porque algunos duraban muy poco, la breve quincena de unas vacaciones. O menos aún, el entusiasmo prematuro en una noche incierta que finalizaba en la zozobra de un desencuentro al día siguiente. Difícil de explicar para uno o para ambos.

Muchos de nosotros en esas noches románticas de El Plaza, descubrimos los laberintos del amor, promovido y posibilitado por ese oscurecimiento anhelado que se producía cuando sonaba un bolero de Los Fernandos, como aquel que decía “Sigamos pecando”. O cuando cantaba Lucho Gatica, o Paul Anka; Los Panchos, Los Plateros, o el mismísimo Nat King Cole, o cualquiera, en realidad, que frenara el ritmo de la cumbia, los saltos del rock and roll o los difíciles medio giros del twist.

Si, cuando el ritmo se volvía lento y las luces se atenuaban, sucedían cosas maravillosas en la pista, que se prolongaban en una salidita al patio o a la plaza, y continuaban en el acompañamiento hasta la casa.

Los Parodi eran expertos en manejar esa confitería nocturna; Hugo, siempre bonachón y sonriente; Carlos un poco más serio, pero simpático y tolerante. El nombre del tercero se me escapa (¿Luis, acaso?), ése era más pirata, siempre estaba más cerca de la joda nuestra que del trabajo.

De todos ellos tengo un recuerdo cariñoso e imborrable.

Cuando hace algunos años pregunté por El Plaza, y me dijeron: se quemó completo, sentí una gran pena que se amortiguó cuando ubique el hecho en la lógica de los finales.

Si, el final de las cosas obligadas a terminar antes que se las coma la decadencia.

Hubiera sido ingrato El Plaza si no terminaba de existir. y se mantenía como un testigo de todos nuestros inexorables finales. Si se quedaba allí, encerrando entre sus paredes nuestros recuerdos como un viejo álbum de fotos gastadas por el tiempo.

Se fue, solidario, se llevó entre sus llamas las imágenes más bellas de nuestras vidas, esas imágenes que se mantienen renovadas en nuestros buenos y necesarios recuerdos. Vemos en ellas nuestros rostros de ayer como si fueran los de hoy. Hasta podemos sentir el latido detenido en el tiempo de viejas pasiones nunca olvidadas, pero ya vividas.

Dicen, los que lo vieron arder, que entre sus humos trepantes subían enredados miles de recuerdos, centenares de besos, decenas de caricias.

Dicen que cuando termino el fuego y la noche se oscureció, no se escuchó esta vez aquella música que nos invadía con sus fantasías.

Dicen que todo fue silencio cuando El Plaza quedó sepultado por sus cenizas, cargadas con nuestros viejos sueños.

Nova, un boliche diferente

Cuando después de varios años de convivir juntos en la Ciudad, estudiando, Juanjo Mir me dijo: me vuelvo a Capilla, supe que era una decisión tomada.

¿Qué vas a hacer allá? Le pregunté.

Creo que pondré un boliche.

Y así fue, nomás. Su padre, Don Juan Mir era un hombre que sabía de esas cosas. Corpulento. Bonachón Voz gruesa. De joven, había sido uno de los impulsores de las noches de los Juanes, que celebraban en el City.

Adecuaron un local largo y no muy ancho, en la mitad de la cuadra corta de la Deán Funes, entre la Principal y la Irigoyen. Una fila de mesitas a lo largo de una pared, una barra mostrador del otro lado, poca luz, intimidad, buenos tragos y música de fondo, que administraba Juanjo, experto en romances, propios y ajenos. Bien adentro la cosa se ponía algo más oscura. Buen diseño.

En la atención del bar se turnaban al comienzo Juanjo y Don Juan, la noche era larga. Don Juan estaba hasta la una y Juanjo seguía hasta que se fueran los últimos. Cuando volvió de su frustrado matrimonio, se sumó su bella hermana Ana María, silenciosa, con su rostro perfecto en las penumbras del mostrador. Una postal.

Las noches del Nova eran muy cálidas, románticas. Nunca éramos demasiados, quizá el negocio nunca anduvo bien en lo económico. Don Juan y Juanjo nos daban cuenta corriente a los amigos. Siempre pagábamos, al cabo de algunos días.

Ya por esos tiempos yo viajaba un poco menos a Capilla. La actividad en la universidad aumentaba, pero cuando a mis padres se les cayó el negocio tuve que volver un tiempo a ayudarlos. Fueron varios meses de puro Capilla. Allí sucedió mi historia con Junquito, luego regresé a mi vida, me faltaban solo cuatro materias para recibirme. Las cartas estaban echadas. Eso fue en el año 1968. En ese breve tiempo me sucedieron dos grandes amores, el de Junquito, que murió, y otro, anterior, que no pudo realizarse. Por cosas de la vida.

La historia posterior, el accidente, la muerte de Juanjo y del Huguito, las salvadas milagrosas de Dany y de Delfor, el alejamiento de Ana María, a Mendoza, creo,; fueron poniendo triste esta historia. En el 71 yo fui preso por casi dos años y a partir de allí mi vida explotó, como el bing bang.

Luego los trozos perdidos vuelven a juntarse, como los restos de un planeta que explota y uno puede armar un rompecabezas diferente, pero nítido., que es lo que tengo en este momento en mi mente y en esta pantalla que quiere apurarme...Espera un momento – le digo – déjame tomar un trago más con Juanjo y decirle un buenas noches a Ana María; déjame terminar de escuchar esa canción...no importa que ya no quede nadie, yo sé que estamos en el otoño.

Noche fría, con vientito, en la calle principal, desolada. Yo regresando despacio sin saber muy bien a dónde, desorientado entre tomar La Capillense y regresar a aquel mundo elegido, o detenerme en este donde muchos rostros se están borrando.

No es fácil la vida en esa edad intermedia donde todo comienza y nada termina.

Posiblemente así haya sido mi última noche en Nova. En una pared quedó pegado un poema de despedida que le escribí a Junquito la noche que partió para siempre y me dejó una gran tristeza.

Quizá fue esa la última noche que vi a Juanjo, mi amigo y compañero del secundario y de los primeros y desolados años en la universidad, junto con Carletti, otro que no está.

Estas historias y recuerdos por momentos duelen, entristecen.
Pero ¿qué otra cosa podemos hacer para recordar y recordarnos, amigos míos?

El encuentro con los números

El choque frontal con las matemáticas superiores es traumático.
Es tal el desamparo mental que en pocos días te caes en la zozobra.
Los números naturales, como su nombre lo indica, 1, 2, 3, 4, ..etc. sirven para establecer la cantidad de objetos que integran un grupo o conjunto.
Si a un conjunto de cinco, por ejemplo, le sacas dos, te queda uno de tres.
Pero si a uno de dos, le quitas tres, te comienza a faltar uno. Así surgen los números negativos, como naturales “faltantes”. Un conjunto es una sucesión que sube (los positivos), y el otro, una sucesión, que baja (los negativos).
En el medio está el cero.
Todos ellos, los naturales, los negativos y el cero integran el conjunto de los llamados números Enteros.

Pero si ahora se te ocurre dividir un entero por otro, pueden pasar dos cosas: que el resultado sea otro entero, por ejemplo $6 / 3 = 2$. . O puede suceder que el resultado no sea otro entero, en ese caso se llama una fracción, o número Fraccionario. Por ejemplos: $8 / 3 = 2,66666\dots$; o $1 / 4 = 0.25000$. El conjunto de los números Enteros más los Fraccionarios se llaman Números Racionales. Viene de razón, que es sinónimo de división.
Los números fraccionarios nacen cuando la división entre dos enteros no da como resultado otro número entero.

Primeros traumas: Entre dos números Enteros consecutivos no hay ningún otro número Entero. 2) Entre dos números enteros por más próximos que estén, hay infinitos números racionales. Esto se puede expresar así: $1/n = 1; 1/2; 1/3; 1/4; \dots 1/12 \dots$ a medida que n (número natural) crece $1/n$ se reduce, se va aproximando al cero. Se dice entonces que la sucesión $1/n$ tiende a cero, o que tiene límite cero.
Mientras n viaja al infinito; $1/n$ viaja hacia el cero.
Pero si cambiamos el 1 por otro número aparecerán otras sucesiones, de modo que también hay infinitas sucesiones. (el infinito comienza a invadir todo).
Ese concepto de límite hacia el cual tienden algunas cosas, es un concepto fuerte..
Un valor final que nunca se alcanza, pero que se lo puede aproximar todo lo que se quiera.

Durante siglos los filósofos trataron de escudriñar al infinito, pero sólo pudieron manejarlo cuando desarrollaron las matemáticas.

Más traumas: entre dos números racionales cualesquiera hay también infinitos números racionales diferentes. Pueden tomar cualquier par de números racionales, lo más próximos que quieran, siempre podrán encontrar infinitos entre ellos. Jueguen a las divisiones y lo comprobarán.

Si instaláramos los números en correspondencia con los puntos de una recta. Los números enteros serían puntos aislados, equidistantes. Entre dos cualesquiera de ellos podemos colocar infinitos puntos racionales. Esa recta imaginaria, “densa” de puntos, se va haciendo densa de números.

¿Queda toda llena? NO.

Siguiente trauma. Muchos números resultados de una operación de radicación (raíz cuadrada, raíz cúbica, etc.) no pueden ser expresados (en general) como el cociente entre dos números enteros, es decir, no son Números Racionales. Se llaman entonces, Números Irracionales. Por ejemplo, la raíz cuadrada de 2 es igual a 1,41421356... ése número no puede ser expresado como cociente entre dos enteros. No hay dos números enteros que divididos entre sí logren ese resultado.

Más traumas: entre dos números Racionales o Irracionales cualesquiera (no importa cuán próximos estén) hay infinitos números irracionales.

Con esto, la correspondencia entre números y puntos, la recta se completa, queda super densa, sin lugares vacíos. A cada punto le corresponde un número, y a cada número le corresponde un punto.

A este conjunto de números integrado por enteros, racionales e irracionales lo llamamos conjunto de números Reales.

¿No hay más números? SÍ. Pero fuera de esa recta.

Resulta que si queremos extraer la raíz cuadrada, por ejemplo, de un número negativo, en general no hay ningún Número Real que pueda expresarlo. Para asignarle un espacio a estos resultados operativos se inventaron los Números Imaginarios. Y se forma un nuevo conjunto.

Los números Reales junto con los Imaginarios forman el campo de los Números Complejos. Ellos ya no caben en una recta. Ocupan un plano, en el espacio.

Y se vuelve a repetir el estigma: entre dos Números Complejos, hay infinitos números complejos. Esto ya es bastante más difícil de pensar.

Verdaderamente traumático para un espíritu pueblerino recién llegado a la ciudad.

Todo eso y mucho más nos metieron en los primeros quince días del IMAF.

Por eso no era extraño verme a mí mismo, mientras viajaba en colectivo rumbo a clase, tomar el boleto, sumar el primer número con el último, dividirlo por el del medio... de pronto pensar, ¿Qué estoy haciendo? ¿Me estoy volviendo loco?

Pero la mente se sobrepone. Comienza a construir la nueva lógica de ese universo de los números, de las sucesiones, de las series; de las funciones; del cálculo infinitesimal....

Ese es el tránsito en el universo de los números y sus operaciones.
Números y operaciones en el papel. Rectas, curvas, planos y cuerpos en el espacio.

La mente se sobrepone y avanza. No se deja amedrentar. Con trauma y todo sigue.
Hacia su propio límite. Lo aproxima.
Nunca lo alcanza.

Tiempo y espacio comprimidos

Entre mayo de 1973 y marzo de 1976 pasaron menos de tres años, sin embargo, cada vez que recuerdo ese período me parece que hubieran transcurrido décadas.
Nuestra experiencia familiar en ese lapso también sirve para mostrar que en aquellos tiempos violentos la grieta no era evidente. Todo se mezclaba.

En mayo del 73 fui liberado. Literalmente, sin nada encima. Apenas un DNI que nos dieron al salir, y el pasaje de regreso a Córdoba. No es fácil comenzar en la nada, pero bueno, eran tiempos solidarios. Un pequeño trabajo en la Legislatura cordobesa que duró no más de tres meses. Luego ingresé en el cargo docente más bajo que me otorgó el IMAF.

En ese tiempo éramos solo tres: Susana, Florencia y yo. Natalia nació tres años después. Necesitábamos alquilar una casita. En Barrio Observatorio, en la esquina de Pampa y Laprida, Don Giovannini, un viejo peronista ortodoxo, había logrado construir, frente a su casa, un pequeño complejo de tres departamentos, uno abajo, y dos arriba. Todos bastante modestos. Nos alquiló el de abajo, allí vivimos tres años, hasta que el golpe del 76 nos aconsejó alejarnos de esa zona caliente.

Veamos a la gente de esa zona.. En dos cuadras estaba representada gran parte de la realidad nacional de aquel momento. A una cuadra estaba el almacén de Adela, una peronista brava, algo derechosa, pero sincera y justa; a media cuadra otro almacén, el del Guegui, un militante de la Tendencia que cerraba el boliche cada vez que iba a una marcha. El Guegui me vendió nuestra primera carpa, que había sido de los Descamisados. Una reliquia. Que disfrutamos mucho, por supuesto.

A media cuadra, sobre Laprida, un taller, del padre de Liria, que era la chica que cuidaba de Florencia cuando íbamos a trabajar.

Al lado nuestro vivía un operario de la Renault con su familia, esposa y dos hijitas, que jugaban con Florencia. Enfrente, el herrero. Si, un herrero de los de antes, que forjaba el hierro en la fragua. A la mañana, a eso de las ocho el herrero hacía churrascos en las brasas. Ese era su desayuno. Yo salía caminando para el Observatorio, que estaba a pocas cuadras (allí funcionaba el Imaf) y muchas veces compartía esos exquisitos churrascos con el herrero, un tipo silencioso y especial, un verdadero artista, pobre, simple, marginal y solidario.

A pocos metros de casa, sobre Pampa, vivía un policía, que decían pertenecía a los servicios bravos de la derecha. Pero era un vecino cordial y discreto.

Bajando por Pampa, a un par de cuadras, se ubicaba una semi villa, cuyos chicos venían a disfrutar los cumpleaños de Florencia. Alegres y respetuosos.

En uno de los departamentos de arriba vinieron a vivir Horacio y María. Horacio era también físico, trabajaba conmigo en el Imaf. María era ingeniera de la Tecnológica y no conseguía empleo. Ambos mendocinos, con ese hablar amable de los cuyanos. También, ambos, militantes disciplinados del Partido Comunista, cuya misión era vender el periódico del Partido.

¿Están observando todo lo que había en esa cuadra y media de barrio popular?

Horacio, además de físico, era un buen electrónico y amante de la música, fue él quien por primera vez me hizo escuchar a los Kjarkas, y desde entonces me cautivan. Fue también él quien me ayudó a armar mi primer equipo de música: un plato, un amplificador, y dos inmensos bafles de madera, todo hecho con nuestras manos.

Horacio logró cumplir un sueño: comprarse una moto grande, usada, de las de antes, una Norton, creo, que por su formato denominamos la “langosta”. Con ella, él y María recorrieron todas nuestras serranías. Eran felices en su moto.

En las elecciones del 74 el Partido Comunista apoyó la candidatura de Perón, sin embargo, una mala noche allanaron el departamento de Horacio. María angustiada me llamaba por el patio interior pidiéndome que le dijera si eran policías o gente de la triple A. Yo salí a la puerta y hablé con los policías, les dije que los chicos eran del PC, gente tranquila. Pero se los llevaron lo mismo. Yo tenía una moto, con ella, a medianoche, me fui a ver a Esther, mi amiga comunista histórica para avisarle lo de Horacio, para que mandaran un abogado.

Cuando una hora después llegué a casa, ya estaba allí Horacio y María tomando mate con Susana y contando la historia. Según la policía había sido una falsa denuncia, los habían denunciado como subversivos.

En esa convivencia barrial había de todo, pero no estaba la grieta, quizá sí, pero no se la practicaba.

Con Horacio compartimos la expulsión, el mismo día, de la Universidad, por parte de los militares, algún tiempo después del golpe.

Juntos nos fuimos a Brasil a buscar trabajo, y de paso visitamos a otro Horacio, en Porto Alegre, que había zafado, después de estar un año en una fosa de La Perla, gracias a que un suboficial lo puso en descubierto durante una visita de la Cruz Roja. Este segundo Horacio estaba mal entonces. Había pasado todo un año amenazado de muerte todos los días, viendo como esa sentencia se cumplía inexorablemente con otros que allí estaban. Ahora, por suerte, está bien, de tanto en tanto aparece en este muro.

El día del golpe del 76 con Susana abandonamos la casa en nuestra renoleta recientemente chocada por un camión recolector que se quedó sin frenos, a la cual le faltaba la portezuela trasera (qué desamparo). Dejamos encerrada en el departamento a la Maga (nuestra perra) y nos fuimos a la casa de amigos, que con todo su temor a cuestras, nos dieron refugio. Esa noche se escuchaban los disparos de los procedimientos represivos.

¿Qué hacer con la Maga? Encerrada, sin agua, sin comida. Horacio y María también habían ido en busca de algún refugio seguro.

¿Qué hacer? Lo único posible, ir a ver al policía vecino y explicarle la situación. Fue solidario. Le dimos la llave de nuestra casa y él le dio comida y agua a la Maga.

Como en esas historias de la guerra en la que los contendientes intercambian cigarrillos en los momentos de calma.

Dos días después, desolados, decidimos regresar a nuestra casa y afrontar nuestro destino. Esa noche no dormimos. Cada disparo que escuchábamos creíamos que era cercano. Retumbaban en esa noche silenciosa, solo transitada por los ejecutores de obediencias debidas e indebidas.

Se habían llevado preso a mi padre (por error, seguramente). Me presenté espontáneamente pidiendo que lo liberaran. Extrañamente no me detuvieron. El oficial de la Fuerza Aérea que me interrogó me confesó que era peronista, y que su hermana había cruzado a nado el Matanzas el día que regresó Perón. Suerte del destino.

Ese mismo día liberaron a mi padre, lo dejaron, con los ojos vendados, en una esquina de San Vicente. Lo habían tenido así, tres largos días, sin que él entendiera nada, metido en el centro clandestino de La Ribera. Terrible.

He contado aquí muchas cosas comprimidas. Pero quiero destacar una: la vida barrial, con todos sus personajes, pertenecientes a pensamientos, culturas e ideas diferentes, pero solidarios, por encima de las grietas.

Todavía entonces. En plena guerra no pensábamos en grietas.

Epílogo: Mi padre murió dos años después. A los tres meses del golpe nació Natalia. Fuimos a vivir por un tiempo a Villa Allende, pensando pasar desapercibidos. Minga.

Tiempo después tuvimos que exiliarnos en Venezuela; Horacio y María se fueron a Canadá primero, y luego adoptaron la nacionalidad australiana de donde, creo, nunca regresaron. El segundo Horacio sigue en Brasil.

Todo eso, y muchas cosas más sucedieron en esos tres cortos e infinitos años.

Aprendimos a disfrutar de la vida en carpa, aquí cerca, en el Anisacate.

Florencia conoció el mar, en un desafiante viaje que hicimos, en vehículos inestables, con los Barrionuevo y los Daroqui a Monte Hermoso.

Descubrimos un rincón serrano, en Rio Grande, cerca del embalse Rio Tercero, actualmente cubierto por las aguas de un nuevo embalse, donde una campesina nos dejaba todas las mañanas, en la puerta de la carpa, leche recién ordeñada y pan casero.

Así sucedía la vida en aquellos tiempos.

De cuando fuimos migrantes

Hay una cuestión inicial del migrante que se hace sentir: la pérdida de la seguridad. Es biológica, la produce simplemente, el cambio de hábitat y el misterio del futuro.

Por suerte, en general, la vida te la devuelve con creces cuando logras derrotar las inclemencias del espacio y del tiempo.

Haber tenido que irnos, como se dice, con una mano atrás y otra adelante, y vivir catorce años en otro país, nos hizo sentirnos migrantes.

La distancia con el terruño de origen produce inevitables nostalgias, pero la apertura de nuevos horizontes, que debió ser la fuerza impulsora de los antiguos navegantes, se va convirtiendo en una necesidad, que no deja de ser positiva para poder comprender los tiempos que se viven.

Catorce años sin fiestas familiares, solo los cuatro y un montón de amigos, generan un espacio sentimental nuevo, construido, más que heredado.

La condición económica que se tiene en la partida influye, pero posiblemente no demasiado. Por ahí leo, por ejemplo, declaraciones de deportistas que partieron hace muchos años para disfrutar jugosos contratos en el extranjero, y encuentro cosas que siento comunes con las propias.

Muchos de ellos necesitan volver, pasada la euforia, con lo que les queda de sus huesos y músculos, al terruño de origen, ya con menos pretensiones, cargando aquella seguridad adquirida, que antes mencionamos.

Al migrante le cuesta ser feliz al comienzo, luego comprende que la felicidad es algo que se construye, y comienza a hacerlo. Va descubriendo y siendo parte del nuevo terruño hasta lograr cargar en su mochila “sus dos amores”, el pasado y el actual.

Esa mochila con su carga, la llevará toda la vida consigo.

Pensaba en esa canción que interpreta El Cigala, “Corazón loco”, en la cual le explica a su corazón “como se pueden querer dos mujeres a la vez” (me disculpa el feminismo, es solo una canción, y seguramente vale para ellos también), y llegaba a la conclusión que así vive el migrante. Solo que en lugar de parejas, son lugares.

Hay migraciones diferentes, como las de las golondrinas.

Esa que practican, necesitados, habitantes de provincias o países vecinos, que en las temporadas apropiadas van a trabajar a otros sitios, para regresar con algún ahorro logrado a puro esfuerzo. Posiblemente es peor, porque la estadía corta, aunque frecuente, no les permite construir un verdadero nido en ninguno de los dos destinos.

Los que alguna vez fuimos migrantes, comprendemos, respetamos y queremos – y si podemos ayudamos – a esa gente.

La migración prolongada te va haciendo sumar la cultura del nuevo sitio, y como conservas la de origen, vives con dos culturas. Eso te universaliza.

Mis hijas aprendieron que el gran hogar es el mundo. Y en él viven. Una, la mayor, cerró el ciclo que abrieron mis ancestros siglo y pico atrás, y se instaló hace ya veinte años en Italia. Donde toma mate, cocina pasta, y envía wasapps bilingües.

La otra, la menor, parece que le quedó la impronta de Caracas – ciudad multirracial – y le gusta vivir en las ciudades grandes, que tengan algo de todo el mundo. Por ahora, eligió Buenos Aires, pero anduvo un buen tiempo por París.

Todos seguimos haciendo comidas venezolanas: hallacas, pan de jamón y pernil para Navidad y Fin de Año, y arepas para el desayuno toda vez que logramos conseguir harina

pan. Ahora parece que abunda en la Argentina, traída por los migrantes venezolanos del presente. Tanto, que se la pretende fabricar en el país. Después de todo, es solo una harina de maíz blanco fina, precocida.

Yo vivo ahora en Anisacate, una región neutra, respecto de mi infancia y de mi adultez.

Muchos me preguntan por qué no vivo en Capilla del Monte. La respuesta es simple, porque el migrante, para sobrevivir, en algún momento debió cortar la soga del ancla, alejarse de los viejos recuerdos porque duelen (y si algo sabe, es que el pasado no regresa) y que el presente es más parecido al futuro que al pasado, porque lo pueblan las incertidumbres.

Todo eso carga el migrante también en su mochila.

Una vez, visitando el pueblito y la casa donde nació mi abuelo, el italiano, sentí que ése era también mi sitio. Tomando grapa en los barcitos del Piemonte, supe que podría vivir allí, como si fuera mi casa, mi barrio.

Vivo en esta casa cabaña que construí. Es atemporal. Aquí residen todos los recuerdos, de todos los sitios. Aquí vivo, pienso y escribo. Junto a seis perros y algunas fantasías que de tanto jugar con ellas van integrando la realidad. Me refiero a Errede y Acron, dos personajes que reflejan el futuro.

Si me preguntaran donde me gustaría morir, cuando me toque, quizá dijera: en una solitaria playa venezolana, donde haya un pueblito de pescadores, donde sentado en la arena pueda ser amigo de un curioso pelicano que espera de mí, una simple y necesaria sardina.

Esas contradicciones también están en la mochila.

A la playa

(Dedicado a Florencia y a Natalia, mis hijas).

Salíamos de Caracas a eso de las diez de la mañana. Siempre nos proponíamos partir más temprano para evitar el calor, pero siempre también los preparativos nos demoraban. El viaje que afrontábamos frecuentes fines de semana nos hacía recorrer doscientos kilómetros en aproximadamente tres horas.

El vehículo que nos llevaba fue evolucionando a medida que nuestra situación económica fue mejorando. Al comienzo viajábamos en un Fiat 131, Miraflore se llamaba ese modelo en Venezuela. Algo viejo y oxidado, pero rugía potente en la trepada de la montaña.

Luego tuvimos el “corcelito”, un Ford del cual ya hablamos, y por fin, luego de pasar por otros autos convencionales, la “inglesita de quince”, una range rover, con quince años de

uso, que compré y me dediqué muchas horas a ponerla a nueva. Mi familia mucho no la quería, creo que sentían celos, por el tiempo que yo le dedicaba.

El viaje se iniciaba por autopista, hasta La Encrucijada, parada obligada para comer esos exquisitos sandwichs de pernil, que sólo en ese lugar son perfectos. Simples y perfectos: un pan flautita pequeño abierto a lo largo y dentro de él los trozos de pernil que iban cortando a medida que la pierna se doraba en un espiedo, a la vista. El pan siempre caliente, el pernil con su juguito, salsa y verduras disponibles para agregarle. Una locura. Lo acompañábamos con batidos (licuados) de melón o sandía, o jugo de naranja o parchita.

Se continuaba por la autopista unos diez kilómetros más, hasta superar Maracay y salir por El Limón. Los días que no parábamos en La Encrucijada, teníamos allí un puesto de venta de arepas y cachapas hechas a la vista, con maíz pilado. Y si la parada era más tarde, nos deteníamos en un restoran al paso, en El Limón, a comer pollo a la vroster, con papas o yucas fritas. El pollo a la vroster fue un diseño gastronómico de un alemán en el Caribe. Los trozos de pollo, rebozados, se cocinan en una especie de horno u olla a presión con una atmósfera de aceite, a alta temperatura. El resultado es pollo dorado por fuera y bien cocido pero jugoso por dentro. Exquisito.

Luego de esa parada comenzaba la trepada al Parque Henry Pittier, una yunga selvática cruzada por numerosos arroyitos y cascadas. Los árboles inmensos, de hasta sesenta metros de altura generan una sombra total. Fresca. Agradable. Una travesía por montaña selvática de cincuenta kilómetros.

El descenso del parque es hacia zonas de vegetación intermedia, ya castigada por el aire salino del mar.

Llegábamos a un pueblito que parece sacado de las novelas del Gabo: Ocumare de la Costa. Cuadrulado, silencioso, somnoliento, con su Plaza Bolívar y sus calles algo desiertas a la hora de la siesta.

Un poco más adelante llegábamos al mar, primero al Playón, un pueblo de pescadores que poco a poco fue ganando al turismo. Desde allí se trepa nuevamente para cruzar la montaña costera y llegar al paraíso: Bahía de Cata. Una bahía poblada de palmeras y cangrejales con una playa inolvidable.

Allí alquilábamos primero y logramos comprar después, un departamento pegado a la playa, con vista al mar. Abajo un patio amplio, con juego de bolas criollas, frontón, y parrillas dispuestas a la sombra de las palmeras.

Al finalizar el día de mar, al atardecer, se encendían los fuegos de numerosos y novedosos asados compartidos entre venezolanos, argentinos, uruguayos, chilenos, españoles, y nunca faltaban otras ciudadanías acompañantes, como europeos o norteamericanos.

Todos nos fuimos haciendo amigos sin terminar de saber a qué se dedicaba cada uno de nosotros. La playa nos alejaba de toda realidad semanal. Nadie alteraba la libertad reinante en el lugar.

La bahía es de ensueño, con una boca de quizá mil metros y un diámetro del doble, aguas transparentes y cálidas, arena fina y clara y oleaje intermedio. Muchas veces el mar amanecía tan calmo que parecía una piscina.

Caminando un par de kilómetros, bordeando la montaña, o nadando, los más avezados, se llega a Catita, una playita ubicada en la boca este de la bahía separada por unos peñascos del mar abierto. Allí buceábamos en los corales para ver un espectáculo de increíble colorido, de toda clase de peces, mansos, que hasta podías acariciar.

Amigables también, a poca altura volaban los pelícanos, esperando que le arrojaras algún comestible. Cuando salíamos a pescar, embarcados en un peñero, el pelícano posado en la proa esperaba el momento de la limpieza de los pescados para hacerse el festín.

Una playa realmente confortable en la cual las dos o tres mil personas que la frecuentaban los fines de semana no lograban invadirla, salvo los días de Semana Santa donde la concurrencia se multiplicaba tanto que convenía quedarse en casa, o visitar otros sitios, en la montaña, como Colonia Tovar, rincón alemán similar a La Cumbrecita. En el viaje a la Colonia, en las paradas gastronómicas, el perrito era reemplazado por los “tequeños”, un singular producto horneado, propio del poblado de Los Teques, ubicado en la mitad del trayecto, que se acompaña con “queso de mano”. Un queso blanco, casero.

Otra comida singular en los viajes a la playa eran los titiaros (bananas pequeñas, de no más de diez centímetros, que las venden en las rutas, en pequeños cachos). Esas pequeñas bananas son dulces y exquisitas. También venden racimos de “ciruelas de huesito”, algo peligrosas de tragarse el carozo. Tienen muchos nombres según la zona: jocote o cocota; jobito, yoyomo, son agrídulces, apenas ácidas. Es una fruta silvestre que cultivan en pequeñas huertas.

Ya en la playa, los vendedores te ofrecen las almejas y moluscos frescos, recién sacados, para que los comas crudos, con limón. En los puestitos costeros se come pescado frito, predominantemente el parguito, acompañado por yucas. Y cerveza bien helada. La cerveza popular viene envasada en botellas pequeñas (la polarcita) de alrededor de un cuarto de litro, o latas de aluminio de 350 cc. De modo que normalmente te tomas dos o tres, cuando el calor se hace sentir.

De las bondades y placer del agua en esas playas no hace falta hablar. Mejor dicho, es imposible describirlo con palabras. La sensación queda en la piel como un recuerdo. Para siempre.

El día que fui mula sin saberlo

Habíamos llegado a Venezuela con Susana y las dos chicas con las visas de cortesía que nos había otorgado el Embajador Jorge Dáger. Esas visas duran 60 días. En ese plazo debíamos renovarlas por visas de transeúnte, para lo cual es imprescindible salir del país, cambiar la visa – previamente tramitada – y validarla reingresando al país.

Dáger nos había dado dos contactos para que nos ayudaran a tramitar la visa de transeúnte: uno era su hermana, por ese entonces Consejal de Caracas. El otro contacto era Freddy

Muñoz, conocido dirigente del MAS. Ambos se portaron muy bien y eficientes, en poco tiempo completamos los trámites, solo debíamos salir del país, para poder reemplazar las visas.

El lugar más cercano y económico era Cúcuta, en Colombia, a la cual podíamos llegar en un viaje de 12 horas en ómnibus, muy barato por ese entonces ya que solo usaban ómnibus los pobres.

Partimos al anochecer de la terminal El Nuevo Circo, de Caracas, en un ómnibus sencillo, como eran hace cincuenta años los de aquí.

La carretera hasta Cúcuta atraviesa selvas, montañas y llanuras. Esos ómnibus viajan a una velocidad increíble por esos caminos llenos de curvas, pero, hay que decirlo, los choferes venezolanos, al igual que los pilotos de avión, son excelentes.

Viajamos toda la noche en medio de oscuridades, atravesando geografías irreconocibles, solo nos informaban los aromas de las frutas de estación. En un aire húmedo y denso percibíamos el olor de la guayaba; de los mangos, de las piñas; de las parchitas y guanábanas, aunque todavía sin reconocerlos.

Por el piso del autobús (así se llaman allá) viajaban rodando desde el frente hasta el fondo y viceversa las latas de cerveza vacías que se iban consumiendo durante el viaje. El ruido era interminable. En alguna parada comimos arepas y tomamos jugos de frutas.

Y tuvimos la exacta dimensión de la quietud y densidad del aire tropical.

San Cristóbal es la ciudad venezolana cercana a Cúcuta. Solo las separa ese largo puente que se hizo tan conocido durante los disturbios del año pasado. En San Cristóbal teníamos que presentar nuestros documentos para salir del país, y atravesar la aduana.

Mientras estábamos en la colita, con toda la inocencia y desinformación de un argentino ajeno a las circunstancias regionales, me puse a conversar con un simpático joven colombiano, que viajaba con su mujer y un hijito. Me dijo: “hermano, ¿me puedes hacer un favor? He comprado unos medicamentos en Venezuela porque son más baratos; son para mi hijo, pero seguramente la aduana me hará problemas, porque dicen que los contrabandeamos...”. ¿Qué quieres? Le pregunté. Que pases tú este paquetito, a ti ni te revisarán. Así lo hice. No me revisaron. No sé qué pasé dentro del paquetito.

Susana me dijo, cuando le conté: tú eres un súper pelotudo, eso debió ser droga...

Recién entonces tomé conciencia del asunto.

Cruzado el puente, y un par de kilómetros antes de entrar a Cúcuta, hay un hermoso motel, a un costado del camino, sumergido en un bosquecillo de palmares y con una excelente piscina.

Allí alojados, pasamos nuestra primera tarde y noche en Cúcuta. Las chicas no podían creer semejante lujo inesperado, parecíamos ricachones disfrutando del clima tropical. Qué contrastes tenía esa vida. Pero justamente, cuando uno sufre las inestabilidades es cuando adquiere la capacidad de disfrutar un buen presente, por más corto que sea.

Todos dijimos: si fuera posible nos quedamos a vivir en este sitio.

Solo un detalle jocoso. Susana fue a curiosear – ni bien llegamos -, el baño de la habitación, todo muy pulcro y bello, pero cuando abrió el botiquín, de adentro le salió una lagartija. Casi se muere infartada. En poco tiempo nos acostumbramos a convivir con ellas, presentes en todos lados, mansas e inofensivas.

A la mañana siguiente cambiamos nuestras visas en el Consulado y por la tarde regresamos, con mucho pesar por dejar ese paraíso, y regresamos a Caracas.

Esta vez, en la aduana, fui cauteloso.

No me pregunten con qué dinero hicimos ese viaje. No lo sé. Ni tarjeta de crédito teníamos. Posiblemente fue gracias a un contratito temporario que me hizo el responsable del programa metalúrgico de la OEA, para sacarnos de la indigencia. José Manuel Pastrana, así se llamaba, luego fuimos amigos y en parte socios durante toda nuestra estadía en Venezuela.

Todavía, cuando entro a una verdulería en verano, y siento el olor del ananá, se me recarga en el alma el recuerdo de aquel viaje nocturno a Cúcuta, con las latas de cerveza rodando por el piso.

Historias perrunas.

El primer perro que recuerdo perteneció a la prehistoria de mi vida. Se llamaba Batuque, era de los Iturrioz, que vivían en la calle Rivadavia, en la esquina de la vieja Usina de Capilla. Yo vivía enfrente. Un perro simple, noble y querible.

Yo por esos tiempos coleccionaba gatos, con la desgracia que hubo una epidemia de rabia que nos llevó a todos a vacunarnos (el Beto Jarmi, el Kokito Cassani, yo, y varios más nos aguantamos 23 inyecciones en la panza, así era entonces la cosa).

Luego recuerdo que a mi hermana le regalaron un cocker, que se llamó Bruce. Digno de esa raza se volvió bastante cargoso con los turistas que nos visitaban, y hubo que regalarlo. Se lo llevó un hombre que tenía un criadero de cerdos cercano a las gemelas y todos los días se llevaba los restos de comida de la hostería para alimentarlos. (Creo que era de apellido Campos). Dos meses después visitamos a Bruce con mi hermana y no podíamos creer como había aprendido a ser pastor de cerdos. Los corría y los volteaba atrapándolos de sus piernas. Nos alegró verlo libre y feliz, corriendo cerdos.

El tercer perro que recuerdo era el del Kiko Sainz, se llamaba León. Era ladrador, pero no se las bancaba. Salía por un hueco que había en la puerta a torear a todo perro que pasara, pero cuando lo enfrentaban regresaba y entraba por el hueco como una exhalación. Un mal día para León, alguien reparó la puerta. León volvía acelerado y chocó. Sin mayores consecuencias.

Pasaron varios años, allá por el 69 ya vivía en la ciudad y una noche apareció en mi puerta una perrita negra, desolada, con hambre. Se comió el cuarto de pollo que tenía reservado para la cena y se echó a dormir a mi lado. No se fue nunca más, hasta morir, muchos años después. Yo estaba entonces relejando a Córtazar, y la llamé La Maga.

La Maga era quien cuidaba a Florencia cuando en los días de calor la dejábamos en su cochecito en la vereda, en Barrio Observatorio (otros tiempos).

La Maga nos acompañó varios años. Cuando salí de prisión, en el 73, hizo una fiesta interminable alrededor mío..

Durante los dos años siguientes disfrutó de nuestra vida de camping, le gustaba ser la cuidadora de nuestra carpa. Poco a poco se fue poniendo canosa, y se fue nomás, allá por el 78.

Su vacío lo cubrieron varios perros callejeros, arrimados a nuestra casa en Villa Allende: el Negrito, que siempre dormía a la intemperie, invierno y verano, era su decisión. Fuerte como un toro. Un día en un descuido le pasé por encima con mi Citroen, se levantó, se sacudió, y listo. Lo acompañaban el Mendieta, que me perseguía kms cuando me iba a trabajar, y luego volvía. Otro perro marrón, grande, que llamamos Tifón, noble como él solo, que tuve que regalar a una familia de Los Boulevares antes de partir hacia Venezuela. Un cocker negro, puro y zaparrastroso, que de perdido que anduvo se quedó en nuestra casa.

A todos los tuvimos que dejar en manos de amigos cuando partimos. Una tristeza más.

Catorce años después, de Venezuela regresamos con dos coolies, Sol, una hermosa perra que Florencia adiestró, y su hijo Goliath. Ambos disfrutaron de la buena vida después del tortuoso viaje en avión. Y vivieron con nosotros hasta el final, ya no con nuestras hijas, que habían comenzado a explorar el mundo por su cuenta.

Después de los coolies vinieron los pastores alemanes. El primero fue Boves. Un hermoso ejemplar que tuvo la desgracia de quebrarse una pata persiguiendo a su gato enemigo, del vecino. Vivió varios años, murió de golpe, una noche inesperada. Juramos no tener más perros, pero al mes compramos a su sucesor, otro pastor: el Moro (Morito para los amigos). El Moro fue un perro muy, pero muy querido. Ya separados, vivía algunos días con Susana y otros conmigo. Le gustaba viajar en mi camioneta, que le hice una cabina para él. Un tumor se lo llevó, después de tres operaciones. Lo lloré mucho. Está enterrado aquí, en El Sitio.

Antes de morir el Moro aparecieron los primeros cachorros abandonados que hoy conviven conmigo. Él los educó para que me acompañen.

Al Morito lo recuerdo siempre. Era la nobleza total.

Susana quiso tener ahora otro pastor, y se compró un lindo ejemplar, Botero, que lleva ya varios años con ella. Uno de los cachorros nacido aquí, lo acompaña, se llama BlancoBlanco. Otra nacida aquí, Kupata, vive en Baires, con Natalia y Lucas.

Florencia, en Italia, cría goldens, Uds. las conocen a Lara y a Leda, por las innumerables fotos que ella ha publicado.

La historia se completa con Lulú, una perra que apareció por aquí, abandonada, y que gentilmente se hizo cargo de ella una vecina pero que todos los días viene a merendar, por las tardes, con mi pandilla. Y cuando su dueña viaja, se refugia en mi galería.

Esta huella ha sido un homenaje a los perros, esa especie tan noble que nos acompaña en este loco planeta.

(y que me disculpen si me olvidé de algunos).

El viaje de la vida

Nunca, hasta ahora, lo había interpretado así.

Nuestro viaje juvenil desde Capilla hasta el Dique Los Alazanes era una representación anticipada del viaje de la vida.

Generalmente se iniciaba en horas tempranas, en la penumbra que anticipa al amanecer. Atravesábamos en la oscuridad la parte del camino conocido entre el pueblo y La Toma. Alegres, descansados, ilusionados, comenzábamos la marcha. Muchas veces cantando. O haciendo planes. O anunciando éxitos que estábamos convencidos de alcanzar.

Con las primeras luces se iniciaba la trepada. Disponíamos allí nuestras intactas energías. Subir la Cuesta del Toro era como la prueba del aprendizaje. Subir, parar, respirar, recuperar las fuerzas. ¿Cuánto falta?

Una trepada larga que parecía no terminar nunca. Una verdadera prueba.

Finalizada esa etapa inaugural del cansancio realizábamos la primera parada reflexiva. ¿Por qué hacemos este esfuerzo? Nos respondíamos con imágenes de objetivos simples, sin comprender todavía el significado de los desafíos.

El camino, por suerte se aplanaba. Recorría a la montaña por uno de sus laterales, sin bajar ni subir. La marcha se aligeraba. Ya hicimos lo peor, decíamos.

Pero no era tan así, porque el camino descendía rumbo al río, lo cual significaba que luego tendría que subir nuevamente, habida cuenta que el destino final estaba bastante más alto.

Y había que llegar.

Pequeñas subidas y bajadas. Cruces de río. Pequeñas planicies con reducidos cultivos. Algunos corrales de cabras. Vacas y gallinas sueltas nos saludaban al pasar. Perros amigables se acercaban moviendo su cola a compartir algo de nuestra comida.

Estábamos en la mitad del viaje. Todo parecía controlado.

Tiempo de acomodar las cargas. Las dudas anteriores ya estaban superadas.

Este es un bello lugar. Pensábamos. Aquí hay de todo, se puede vivir aquí. De hecho, allí vivía gente su vida simple, lejos de todo, a merced de sus propias inclemencias que nosotros no veíamos. A esa edad poco importan las inclemencias. ¿Qué son las inclemencias? Bueno, si de pronto te falta algo y no lo tienes y estás lejos. O te sientes mal sin médico a la vista. ¿Cómo lograr que los chicos concurren a la escuela? Seguramente irán a casa de alguna tía que viva cerca del pueblo.

No existían estas conjeturas. ¿Para qué preocuparse de las cosas de la vida en pleno paraíso?

Lo sabíamos, pero nunca terminábamos de creerlo. Faltaba la cuesta final. La última trepada nos aguardaba como diciendo: no se confundan, el verdadero paraíso está detrás de esa montaña. Deben superarla.

Esa última trepada no es fácil. Nunca. Porque ya venimos cansados. Todo lo que cargamos pesa demasiado. El aire es cada vez más escaso. Paremos un ratito. Corto, para no acalambrarnos. No hay que sentarse, debemos descansar de pie. Sin bajar la mochila de la espalda, porque cuesta mucho subirla nuevamente. Falta poco. Tenemos que superar ese borde.

Pero el borde se iba corriendo, como un horizonte en retroceso.
Faltan cien metros, más o menos. Hay que pasar ese borde.
Paren, paren, necesito respirar. Carajo, qué duro es esto.
Vamos, no te achiques, un esfuerquito más.
Pará, pará, tengo un calambre.

Superado el borde, la paz estaba, allí, abajo, con forma de lago tranquilo. Con mucho de increíble en medio de esa nada. Allí nos esperaba el premio, el privilegio del descanso. Para disfrutar esto hicimos las trepadas. Miren lo que es esto. Grábenlo en su memoria. Acabamos de recorrer la vida.

¿Cómo se retorna de aquí?

De aquí no se retorna. Quizá retornen los cuerpos, pero aquí se queda el alma. Para siempre.

Porque ésa y no otra es la razón de la existencia de los paraísos.

Cuatro casos con impacto

En los tiempos que recorre esta nota, el laboratorio de genética forense donde se realizaban los estudios de ADN solicitados por la Justicia de Córdoba, pertenecía al Ceproc, y a mí me tocó – en ese tiempo - ser el responsable de ese organismo.

Actualmente, ese laboratorio, junto con la que entonces era su directora, Nidia, pasó al ámbito de la Justicia Provincial. El Ceproc dispone actualmente de un laboratorio de biología molecular en el cual se hacen estudios privados e investigaciones en otros temas genéticos, en humanos y animales y plantas.

Sin seguir necesariamente un desarrollo histórico, contaré algunas anécdotas de esos casos que en su momento conmovieron la opinión pública local y nacional.

Uno de ellos fue el vinculado a la famosa herencia de Manubens Calvet, un potentado de Traslasierra, dueño de una enorme extensión de tierra y otros bienes, cuya herencia fue una lucha sin cuartel entre herederos confirmados y otros supuestos herederos, surgidos de los amoríos de Manubens.

Periódicamente surgían reclamos judiciales de herederos que exigían confirmaciones de ADN. Hubo muchas anécdotas, pero una, en particular, es singular. Había que reconocer un cadáver guardado en un nicho en el cementerio de Villa Dolores. Allí fue la comisión de la justicia acompañada por Nidia y sus ayudantes para realizar la toma de muestras. Se abrió el nicho y allí hubo una gran sorpresa: no había adentro ningún cadáver. Aparentemente se lo habían robado. Obviamente, no hubo estudio. Otro misterio para sumar a esa novelesca historia.

El segundo hecho es doloroso: el violador serial que acosaba a las chicas en la zona de la Plaza España y la Ciudad Universitaria.

Decenas de víctimas fueron abusadas por este violador, que armado generalmente con un cuchillo, dominaba a las víctimas hasta llevarlas a un baldío o descampado. Las descripciones que daban las víctimas apuntaban a alguien de origen “norteño”, de tez oscura y rostro duro. Tuvimos numerosas muestras de ADN obtenidas del semen que dejaba en las víctimas. Todas coincidentes. Solo faltaba encontrar al dueño de ellas.

Nidia tenía una duda, uno de los marcadores del ADN insinuaba que el individuo podía pertenecer a una raza caucásica, no originaria de nuestro norte.

Algunas sospechas apuntaban a un policía, lo cual puso en duda a la institución.

El gobierno ordeno hacer el ADN de los quince mil policías que integraban a la fuerza provincial. Tuvimos que montar un laboratorio especial para semejante desafío. Comprar un equipo de última generación que disponía de un secuenciador que permitía realizar análisis de hasta ochenta muestras en forma automática, de modo de poder aprovechar todo el tiempo. El laboratorio comenzó a trabajar las 24 horas del día, con turnos y mucha acumulación de cansancio.

Enfrentando el malestar policial y la incertidumbre de la opinión pública expresada en los medios. Andábamos por los cuatro mil policías analizados cuando otras evidencias convergieron sobre un personaje sospechoso, del cual había que obtener una muestra para comparar su ADN. El individuo sospechoso era caucásico.

La policía y la justicia tendieron un cerco y el laboratorio dispuesto día y noche esperando la muestra para confirmar al culpable. La última noche se allanó el domicilio pero el individuo había huido. Nidia dijo traigan cualquier muestra, el cepillo de dientes, por ejemplo. A media noche llegó el cepillo. A las seis de la mañana se confirmaba el ADN. Siguiendo el protocolo establecido informé en simultáneo al Gobernador y al Fiscal General. Confirmado. Eran las 8.30 de la mañana, yo estaba en ese momento en una reunión del Conicet, en Buenos Aires. Todo el Directorio quedó enmudecido. La ciencia estaba presente en una difícil realidad.

El ahora acusado, rodeado por la policía, optó por el suicidio. Se disparó un tiro en la cabeza.

El tercer caso de interés fue reconocer el ADN de los huesos del General Perón, ante el reclamo de paternidad de la supuesta hija Martha Holgado.

En este caso nuestro laboratorio fue contratado por el abogado Fontaine, que representaba en la causa a Isabel Martínez. El laboratorio designado por la justicia era el perteneciente a la Fundación Favaloro.

Era un caso muy importante, vinculado a la historia política argentina. Al cadáver de Perón le habían robado sus dos manos, sin que los autores o las causas fueran nunca conocidas. Eso agregaba una cuota de peligro que había que tomar en cuenta.

Fuimos con Nidia a recibir las muestras óseas de Perón a Buenos Aires. La conmoción periodística era infernal. Nosotros, por seguridad, queríamos pasar inadvertidos. Ni hablar, periodistas por todos lados. Tomamos muchas precauciones para el regreso a Córdoba, pero no hubo problemas.

En el laboratorio no teníamos un procesador de hueso (molino), de modo que las muestras se obtuvieron por limadura, un trabajo enorme.

Pocos días después teníamos el resultado: negativo.

Nobleza obliga, antes de hacerlo público avisamos a la Fundación Favaloro, quienes también estaban arribando a un resultado coincidente.

Nuestro aviso público lo hicimos en la sede de nuestra Agencia, con decenas de periodistas y camarógrafos. Ese día, fuimos primicia.

Por último, el triste caso de la muerte de Nora Dalmasso.

Allí nos tocó hacer análisis de ADN a las muestras de todos los que estuvieron presentes en la habitación donde yacía el cuerpo de Nora. Si mal no recuerdo analizamos 23 muestras correspondientes a todos los que tomaron contacto con el sitio, incluido el Arzobispo de la Ciudad, médicos, policías, parientes.

Ninguno de los ADN obtenidos podían inculpar a los presentes, pero de todos modos los análisis fueron impugnados porque no se habían cumplido los protocolos durante la toma de las muestras, realizadas por un bioquímico local sin aplicar las exigencias forenses.

Luego tuvimos que analizar muestras del propio hijo de Nora, inculpado, y del albañil que luego fuera reconocido como un “perejil”.

Las pericias tomaron por otros rumbos y nuestro laboratorio se alejó del caso, que hasta el día de hoy, no está resuelto.

Hubo muchos otros casos, quizá no tan resonantes, pero que nos dejaron sus huellas en nuestras memorias. Felicito ahora a Nidia y a todo su equipo profesional que trabajó con compromiso y eficiencia.

Para cerrar, un triste caso que no tomó estado público. Realizamos el estudio de ADN solicitado por una mujer que quería saber si su padre era un desaparecido. Logramos las muestras necesarias. Confirmamos esa paternidad para satisfacción de la solicitante. Pero a mí me tocó decirle que además, su sangre mostraba la presencia de HIV.

Fue un momento muy duro para todos nosotros.

La Agencia Córdoba Ciencia

Esta breve y limitada síntesis está dirigida a muchos que me preguntan cuál fue mi desempeño en la función pública, denominación que considero más apropiada que “en la política”.

La creación de las Agencias fue una decisión que le criticaron a De la Sota y a Olga Riutort. La crítica se basaba en una supuesta “falta de control” sobre los manejos de las Agencias. Sin embargo, sus directores éramos responsables de los actos administrativos, sin fueros de ningún tipo: debíamos responder con nuestro patrimonio personal. Una diferencia sustancial con los cargos normales de la política.

Yo siempre fui peronista, pero no participé activamente en el delatorismo primario. Cuando regresé a la Argentina, en el 94, me decepcioné del menemismo porteño y me dediqué a la actividad privada, desde una oficina técnica pequeña, en Córdoba, de asistencia a las Pymes, oficio que había adquirido – sin darme cuenta – en Venezuela. Durante los meses previos - que estuve en Buenos Aires - me incorporé al Foro de Ciencia Y Tecnología de la Producción, una organización que todavía perdura, presidida actualmente por el histórico Conrado González, integrada por viejos militantes vinculados, de algún modo al quehacer de la ciencia y la tecnología.

Llegado a Córdoba, pocos meses después, se me ocurrió crear la sede local del Foro, y la hicimos, con unos quince amigos de diferentes pensamientos políticos. Nos reuníamos semanalmente en un bar de Alta Córdoba. Asistía quien quería hacerlo. Allí analizábamos qué debía hacer la C y la T en la nueva etapa nacional.

Allí me reclutó el delatorismo/riutortismo, a través de Néstor Bárbaro, quien había sido un fundador de aquel citado Foro, para ofrecerme dirigir la Agencia científica. Primero me rehusé, finalmente, acepté.

Integramos un directorio junto con Juanjo Cantero, Ricardo Rezzónico y Carlos Ramos. Estábamos en plena crisis del 2000/2001, es decir, sin plata. Había que darle a la ciencia un sesgo tendiente a lo productivo, desafío difícil con poco presupuesto.

Tomamos algunas decisiones polémicas, la principal reemplazar al Conicor, un mecanismo de financiamiento de investigaciones sostenido con fondos de la Provincia, gestionado prácticamente solo por la UNC. En su reemplazo creamos el Programa de Promoción de la Ciencia y la Tecnología, en el cual participaron igualitariamente todas las universidades de la provincia, públicas y privadas. Las decisiones de las Comisiones Evaluadoras de proyectos –integradas por científicos- eran vinculantes, no podían ser modificadas por nuestro directorio. Eso calmó los ánimos de algunos, que todavía recordaban el “alpargatas si, libros no”, como si no hubiese transcurrido el tiempo.

Han pasado 20 años, se sucedieron cinco gestiones en la C y T provincial, sin embargo, aquel programa todavía perdura. Aun cuando muchas de las realidades y los criterios que lo propiciaron, cambiaron en los nuevos tiempos.

En el campo de la producción, conscientes del poco presupuesto que disponíamos, decidimos crear un Programa de Vinculación Tecnológica que se orientara a los sectores productivos rezagados – social y tecnológicamente– de la geografía provincial.

Con la asistencia de expertos de adentro y de afuera lanzamos y apoyamos varios programas, citaré solo algunos: el programa caprino fue quizá el más conocido, propuso valorar la leche caprina como sustituto para los niños alérgicos a las proteínas bovinas (alrededor del 10% de los niños).

Con apoyo financiero del Gobierno de la Región Piemonte de Italia logramos instalar dos plantas lácteas, con tecnología excelente, desarrollada por empresas de Villa María. La tercera planta quedó en la mitad de su concreción, en Paso Viejo.

Con recursos propios instalamos alrededor de diez plantas recolectoras y enfriadoras de leche caprina en diversos puntos de la provincia; promovimos la sanidad de los rodeos y subsidiamos parcialmente la logística de recolección de la leche, para dar cabida a productores alejados de las plantas.

En base a producción de hielo con freezers que instalamos en las regiones, logramos crear la cadena de frío necesaria. Del mismo modo, muchas décadas atrás, se había realizado el inicio de Sancor, pero en aquellos tiempos no contaban con hielo, enfriaban los tanques de transporte de la leche con bolsas de arpillera mojadas.

En todos los programas productivos estudiábamos las culturas regionales residentes, para descubrir fortalezas sobre las cuales apoyarlos. Para ello, contratamos aun joven investigador para que estudiara esas culturas residentes, en el norte y noroeste provincial, se publicaron sendos libros sobre el tema.

Apoyamos varios desarrollos regionales: aromáticas en Traslasierra; producción de tomates pimientos y hortalizas bajo cubierta de granizo en Villa Dolores; producción de espárragos en diversos puntos provinciales; producción de miel en Ischilín; desarrollos artesanales de diverso tipo en varias localidades; flores en Traslasierra; alimentos envasados; olivos en Cruz del Eje y Traslasierra (entregamos 50.000 plantines de olivo a pedido de los productores).

Hubo muchas otras acciones que mi memoria ha descuidado. Andábamos mucho por los lugares tratando de encontrar las fortalezas que había que apoyar para dinamizar las economías regionales.

Un desarrollo importante que intentamos fue el Programa de la Vid, para reinstalar esta producción en la Provincia. Nos apoyamos en la experiencia de los productores sanjuaninos, por la similitud de los suelos, del clima y de la cultura. Logramos que el gobierno provincial aprobara una ley de diferimiento impositivo de los ingresos brutos para inversiones en la vid. Apuntábamos a dos desarrollos: bodegas artesanales privadas y una planta (supuestamente de capital mixto) para producir fruta fresca, mosto y pasa de uva para dar participación a una red de pequeños productores que abarcaría 2000 has, en la provincia.

Las gestiones siguientes abandonaron el proyecto global, aunque hoy vemos, con satisfacción, que la iniciativa privada siguió adelante con las bodegas artesanales.

El apoyo de los laboratorios del Ceprocó fue decisivo para poder brindar el debido control de calidad a todos los emprendimientos productivos. Mediante cursos y servicios gratuitos o de bajo costo contribuíamos para garantizar la calidad de productos y procesos.

En esos laboratorios nació la primera leche caprina “larga vida”, esterilizada, envasada bajo del nombre de “Clarita”, se distribuía gratuitamente en los hospitales provinciales.

Luego se transfirió la tecnología a las cooperativas de productores. Se mantuvo en el Ceproc el control de la calidad.

La leche caprina industrializada – larga vida - producida en las plantas de Rayo Cortado y San José se llegó a vender en cadenas como Cordiez; Libertad y Wall Mart.

Fracasó el negocio, no el producto, simplemente por falta de experiencia empresaria.

Reinstalamos en la Provincia la Feria de las Ciencias, que había sido abandonada, y nombramos a su creador, el Dr. Maiztegui, “Padre de las Ferias de Ciencias”.

Una multitud de programas en el Área de Promoción Científica se encargaron de promover diversos estudios y desarrollos que eran vacancias en la región. La mayor parte del presupuesto disponible fue dedicado a esos programas que se desarrollaban en las Universidades con sede en la Provincia.

Firmamos un Convenio con el Conicet para cofinanciar becas de doctorado para investigadores cordobeses, en reemplazo del programa local que siempre resultaba “pobre” frente al que ofrecía la Nación.

Al comienzo de la gestión viajamos con el gobernador, algunos Ministros y cinco Rectores de universidades provinciales, a Irlanda, a conocer los desarrollos de polos productivos en torno a las universidades y el avance de las nuevas tecnologías. Como corolario de ese viaje se creó el Foro de Rectores, que se reunía mensualmente (todos los Rectores) con el Directorio de la Agencia y eventualmente el Gobernador o Ministros, para coordinar políticas. Esa importante iniciativa también fue luego abandonada. Ahora se la quiere reinstalar con la creación de un nuevo Consejo, orientado a las nuevas tecnologías.

Practicamos la “gestión directa”, sin intermediarios. Los Directores nos encargábamos personalmente de la gestión y control de los programas de nuestras áreas. Eso daba una gran agilidad a las decisiones, brindaba transparencia y evitaba gastos de burocracia.

Creo que la política tradicional nunca nos perdonó ese pecado.

Los complejos estudios de ADN que nos involucraron nos llevaron a proponer la creación del banco de ADN provincial, que en el comienzo incluiría a procesados, condenados y personal policial y carcelario. Fue presentado en la Unicameral. Nunca supimos qué pasó.

Junto con el Ministerio de Salud, en ese entonces a cargo de Roberto Chuit, tratamos de crear un consorcio público privado para la producción de medicamentos sociales y abastecer a los pacientes de menores recursos atendidos por la salud pública. No logramos sumar el apoyo necesario. (Recordamos a Illia, en ese momento).

Un buen tema pendiente: producir medicamentos sociales, que la salud pública pueda suministrar gratuitamente a los pacientes ambulatorios, bajo estricto control del Estado.

Como Presidente de la Agencia me tocó representar a Córdoba, durante ocho años, en el Consejo Federal de Ciencia y Tecnología (de la Nación), en el cual lideramos los intereses

federales del interior con apoyo de todas las provincias, aún las de signo político diferente al nuestro. Fui elegido allí representante para integrar el Directorio del Conicet. Pero esto es otra historia que quizá algún día la escriba.

En síntesis, hicimos muchas cosas. También cometimos errores.

En el programa caprino fuimos demasiado populistas y no supimos exigir a los productores la capacidad y dedicación que exigía el desarrollo industrial y comercial. Cuando lo comprendimos, ya era tarde.

Algo similar sucedió con los pequeños productores regionales, no supimos inducirlos a organizarse en cooperativas o asociaciones que les permitiera una gestión comercial eficiente.

No pudimos financiar grandes proyectos científicos o tecnológicos, siempre los recursos del Estado se orientaban a otras prioridades, eso nos trajo críticas de empresas y universidades. Pero los gobiernos tienen siempre otras prioridades (urgentes) que se llevan los recursos. Así es siempre la cuestión. Antes, después y ahora.

En política fuimos demasiado sinceros y directos, eso produce heridas.

El veredicto final sobre nuestra gestión, como siempre, lo dará la historia.
